

BAJO TRINCHERA, EL ROL DE LA HOSPITALIDAD EN LOS ESPECTÁCULOS FUTBOLÍSTICOS EN ARGENTINA

IN THE TRENCH: THE ROLE OF HOSPITALITY FOR THE FOOTBALL'S SPECTACLES IN ARGENTINA

Maximiliano E. Korstanje

International Research Committee on Disasters, Bryant Texas, US
maxikorstanje@fibertel.com.ar

Recibido: 14/08/2012

Aceptado: 28/11/2012

Resumen

Se da una estadística trágica que revela una gran cantidad de personas muertas en Argentina producto de enfrentamientos en espectáculos de fútbol. La violencia en este deporte es algo del cual se ha hablado mucho, pero pocas medidas efectivas se han llevado a cabo por el estado argentino. Dentro de esta coyuntura, el presente trabajo de revisión conceptual intenta proveer un nuevo modelo para comprender el fenómeno. La violencia no solo es un motor de cambio entre los agentes sociales que mantienen los bordes de la identidad, sino que se articula o desarticula hacia fuera en tanto se pueden establecer pactos de hospitalidad (amistad) entre las hinchadas. No obstante, lejos de desaparecer, la violencia se canaliza hacia dentro del club. Por el contrario, aquellas hinchadas que no celebran pactos de amistad, disminuyen la violencia dentro de sus filas pero la exteriorizan. Al ser un deporte nacido de la lucha bélica, el fútbol está condenado a la violencia.

Palabras Clave: Violencia, Fútbol, Hospitalidad, Hostilidad, Riesgo, Capitalismo.

Abstract

Given the tragic and sad numbers of the killed persons in Argentina resulted from clashes and acts of hooliganism, the present paper explores not only in the nature of violence, a point well and widely debated in the media, but also in the State inefficiency to eradicate the problem. In this vein, this essay-review provides readers with an all-encompassed model to understand the hooli-

ganism. Violence not only is a key factor to promote the solidarity among citizens, but also keep the borders of community and its sense of security. Our thesis is that those hooligans who celebrate hospitality with others are penchant to exert violence inner wards while the violence does not disappear, but she is re-channelled towards the boundaries. The lack of hospitality reduces the internal violence but increase the hostility beyond the limits of community. The discourse of football has emerged from the army machinery of West and violence is enrooted in its own nature.

Keywords: Violence, Football, Hospitality, Hostility, Risk, Capitalism.

INTRODUCCIÓN

La particularidad en los enfrentamientos entre hinchas de diferentes facciones o equipos del fútbol argentino depende no solo de factores psicológicos, como sociológicos, culturales y también políticos. Interesantes estudios en historia antigua revelan en la “Roma imperial” existían enfrentamientos entre simpatizantes de uno y otro gladiador como así verdaderos hechos sangrientos que se gestaban en los coliseos o espacios de ocio debido a pujas políticas o conspiraciones solapadas (Paoli, 2007). Todo parece indicar dos cuestiones importantes, el ocio no es ingenuo ni escapa a la acción política, mucho menos se lo puede concebir fuera de la competencia agonal. En vistas de ello, una solución a la violencia entre espectadores debe atender a un análisis exhaustivo de los aspectos sociales que coadyuvan en su formación. Aun cuando, la mayoría de los medios de comunicación articulen un discurso unívoco sobre el problema del “hooliganism”, hasta éste momento las políticas gubernamentales tendientes a reducir la violencia han sido fútiles, en parte por su incomprensión del fenómeno.

La Agrupación civil “Salvemos al Fútbol” presenta una lista estadística que demuestra que desde 1967 a Febrero de 2009 fallecieron 144 personas. De estas muertes, el 53% se registraron después del partido mientras el 20% y el 19% fue durante y antes del encuentro respectivamente. Asimismo, las causas de las muertes se descomponen en 39% arma de fuego, 13% represión policial, 13% arma blanca y 22% otras razones. El 56% de todas las muertes se ha llevado a cabo en la divisional A, primera categoría del Fútbol argentino mientras 14% corresponden al nacional B y 6% a la primera B. Paradójicamente, las medidas represivas del estado (prohibiendo las hinchadas visitantes) no se llevaron a cabo en las divisionales importantes, sino en las periféricas (primera B, C, D). El grado de rivalidad o regularidad del encuentro parecen ser cualitativamente importantes pero no determinantes en la concreción de los crímenes. Un 42% de las muertes se llevo a cabo en partidos regulares, mientras un 38% en partidos llamados clásicos y 20% en un contexto de rivalidad. Los mismos

datos sugieren que entre 1991 y 1995 se dieron la cantidad más representativa de muertes representando el 46.5% del total (durante la presidencia de Carlos Menem)¹. La dimensión y complejidad del problema, sin lugar a dudas, amerita una reflexión inter-disciplinaria.

Dentro de este contexto, el presente ensayo conceptual intenta no solo discutir las bases filosóficas del riesgo, sino además comprender el rol de la hospitalidad como mitigadora o productora de diversos grados de violencia. El pasaje de la hospitalidad a la hostilidad se encuentra pendiente de un hilo de la regulación normativa que regule las diversas identidades entre los grupos. No es nuestra intención enfatizar en la filosofía del conflicto, sino ampliar los horizontes de la literatura especializada comprendiendo a la hospitalidad como un espacio que promueve las relaciones recíprocas pero codificadas. Un pacto de hospitalidad puede celebrarse para romperse y justificar una intervención debida y justa en un territorio pero a la vez también sirve para defenderse de un ataque externo. Los clubes y sus hinchadas son micro-sociedades copiadas a imagen del Estado nación. Sus vínculos con otras hinchadas y clubes nos remiten a la forma en que los estados se relacionan. Es importante, y ella es nuestra tesis central, detenerse en la idea que la violencia y el riesgo son dos elementos importantes en el capitalismo posmoderno. La primera amerita una intervención justa por parte de la maquinaria bélica (barras) de los sistemas políticos, la segunda permite la introducción de una serie de mecanismos que legitiman y reproducen el capital. La figura del hooligan no destruye el fútbol, es ella misma creación de un deporte estamental y honorífico nacido de la emulación de batallas y caballeros. Se da en este punto una paradoja, la violencia ejercida sobre otros cuerpos nos recuerda cuan importante es estar protegido de la misma, para ello creamos barreras y límites que nos confieren seguridad, pero a la vez, recurrimos a la violencia cuando esas fronteras se alteran. El fútbol, como cualquier espectáculo deportivo, encasilla las mentalidades universales en localías y naciones con el fin de no permitir el cambio social (Hardt y Negri, 2003). El valor y admiración que sienten los amantes del fútbol sobre los “barras” es producto de la necesidad de protección que el propio deporte despierta. En constante riesgo, el enfrentamiento deportivo se hace atractivo por la misma inseguridad que genera. Sin ese riesgo-a, el fútbol perdería su propia naturaleza.

DISCUSIÓN TEÓRICA

Desde varias perspectivas, la violencia en el fútbol parece un concepto difícil de definir y de explicar. Para los medios de comunicación el fenómeno es catalo-

¹ Fuente. Salvemos al Fútbol. Estadísticas sobre muertes en el fútbol argentino. <http://www.salvemosalfutbol.com/numerosmuertes.htm>

gado como una patología, un problema social asociado indefectiblemente a la delincuencia. Denominados como “barras bravas” (en Argentina) cualquier acto de violencia vinculado al fútbol, sea éste dentro o fuera del estadio, entre la misma o varias hinchadas, es tipificado y transmitido acorde a criterios que poco tienen que ver con la realidad. Quien ejerce la violencia es transformado en tabú, producido y mediatizado para ser consumido por la tele-audiencia. Es importante detenerse en la idea que los tratamientos de la conducta de “los barras” no solo dista mucho de ser real, sino además desconoce la complejidad de un comportamiento que involucra a varios actores de la sociedad. El problema de los barras, se corresponde ante todo al problema de la violencia en las sociedades capitalistas modernas que puede observarse en cualquier esfera de la vida diaria. Cualquier “barra” es un ciudadano, con experiencias, expectativas, obligaciones y deberes. No obstante, su posición dentro del mundo civil, es liminar. No es un delincuente con un prontuario o curriculum delictivo, ni tampoco un ciudadano sin antecedentes penales. Por lo general, los “barras” son grupos (gangs) cuasi-delinquentes que alternan un vida civil en donde la violencia es el valor de cambio común.

En perspectiva, tampoco el periodismo ni los medios de comunicación se detienen en considerar las variables que coadyuvan en el mundo de la criminalidad. Ciertamente, los “barras” (hooligans) causan caos y desorden cuando las condiciones de coacción se debilitan (hay poca presencia policial) pero a diferencia del delincuente clásico, su acción se encuentra anclada en el “oportunismo” y la “especulación”. El “barra”, a diferencia del prófugo de la justicia ocupa un doble rol en la sociedad. Existe una ambigüedad normativa que el sujeto utiliza a su favor dependiendo de la situación (Morgan, 2006). Desde el estreno de la película, la Naranja Mecánica, queda en evidencia la complicidad de la sociedad con la violencia y la desviación social. Siguiendo este argumento, S. Zizek ha señalado que las sociedades capitalistas ejercen dos tipos de violencias diferentes. La principal causa de violencia es la imposición interpretativa de ciertos símbolos. En la vida diaria coexisten tanto la violencia simbólica como la sistémica. La primera se construye por la exclusión que denota el uso del lenguaje, mientras la segunda fundamenta el funcionamiento del aparato económico y político. El horror por los actos violentos, implica cierta empatía con las víctimas pero nos impide pensar las causas que generan la violencia. Ciertamente, mientras se demonizan ciertos actos, hay otros que implícitamente se promueven. Para Zizek, la violencia es una cuestión intra y extra sistémica, pero entre ellas no hay diferencia alguna. Un ataque terrorista es homologable al crimen local, debido a lo que subyace en su naturaleza es la necesidad de control social (Zizek, 2009). La violencia refleja el miedo a la

pérdida de autoridad política por parte de un grupo elite tanto dentro como fuera de la sociedad, por tanto, su ejercicio es funcional al status-quo.

Para algunos autores, lo urbano es sinónimo de violencia. El interés de la antropología por la cuestión urbana y la violencia se define desde los trabajos pioneros de Wirth. Las tecnologías de transporte concentradas en un determinado territorio daban como resultado una expansión en el proceso de urbanidad pero también un declive en el lazo social. La impersonalidad asociada a la heterogeneidad de los habitantes daba como resultado una escalada de violencia en comparación a los espacios rurales (Wirth, 1964). Por el contrario, para otros exponentes como Castells, existe cierto romanticismo en suponer que la violencia se explica por la oposición entre lo urbano y lo rural (Castells, 1999). Los psicólogos Smith y Harris Bond (1999) sugieren que aquellas sociedades en donde existe un mayor nivel de estrés y competencia asociados a una red de contención defectuosa, existen mayores probabilidades de que el crimen y la violencia sean mayores que en sociedades donde esta situación es inexistente. Claro que la violencia puede ser dirigida y tomar diferentes formas según cada cultura. Estudios previos respaldan dicha tesis tales como Landau (1984), Archer y Gartner (1984), otros sugieren la idea del clima como posible explicación en ambientes de mayor humedad y calor existen mayores crímenes que en lugares fríos (Robbins, de Walt y Peltó, 1972)

Definimos a la violencia, en términos de Montagu (1990), como una forma de interacción propiamente humana que se debe distinguir de la agresividad por su raíz netamente política. Corsi y Peyru (2003) admiten que la violencia denota algo más que la simple idea de un daño, propia de la agresión, sino que apela a un discurso político por medio del cual quien ejerce la violencia teme perder determinado beneficio. Mientras el animal recurre a la agresividad para sobrevivir, el hombre articula la violencia para mantener los límites simbólicos del ego frente a la irrupción del alter. Su función central es el mantenimiento de la jerarquía. Siguiendo este argumento, la violencia es sólo una que toma diversas formas dependiendo del sujeto sobre el cual recae.

Ahora bien, ¿no es el hooligan un criminal?, ¿matar a una persona no es un acto delictivo? En primera instancia, el hooligan carece de dos cuestiones en comparación al criminal clásico. No posee un curriculum delictivo como así tampoco previas condenas por actos delictivos. Segundo y más importante, establecen un rol definido dentro de la sociedad civil, poseen un trabajo estable, familia y una red social definida. Como muchos otros actores, ellos juegan un rol totalmente ambiguo respecto de la norma social, alternando situaciones estables con actos delictivos (Miguez, 2007). El hooliganism debe ser catalogado como un fenómeno que nace del conflicto o de la identidad y no del delito.

Ello no significa que no se comentan delitos en los espectáculos deportivos. Una lectura incorrecta sobre el tema ha llevado durante años a políticas desacertadas.

La pregunta pertinente en esta discusión que Zizek no resuelve, es, ¿es el deporte por sí mismo un acto de violencia? Según la explicación anterior, P. Bourdieu (2000) ha llamado la atención sobre el grado de antagonismo que conforma la identidad en el deporte. Cuando dos facciones se vinculan por oposición, el habitus necesita de la violencia para que el sujeto pueda internalizar ciertas pautas culturales propias del deporte. La consciencia de un grupo, por ende, se asocia a la manipulación controlada de la violencia. Para J. Huizinga, el deporte pone en juego dos grupos en forma agonal para construir los andamiajes de sus respectivas identidades; situación que luego los llevará a poder construir sus instituciones. Cuando dos facciones entran en juego lo que se debate no solo es una forma de vida o idiosincrasia, sino un choque institucional que define sus propias identidades (Huizinga, 1968).

En Huizinga como en Bourdieu, la violencia en el deporte atraviesa transversalmente a muchas culturas debido a que ella es posible gracias a la lógica de enfrentamiento agonal propio del deporte occidental. En otras palabras, quien pierde el encuentro se debate entre dos tendencias, irse resignado o regular su frustración por medio de la violencia. Ganar o perder emulan la lógica de la batalla entre vivir o morir. Perder un encuentro frente al clásico rival, es simbólicamente comparable a la rendición de una ciudad. Nigel Spivey, escribe al respecto, que los “juegos Olímpicos” en la Antigua Grecia se organizaban con el fin de reducir los efectos nocivos de las guerras inter-tribales. La ciudad del vencedor en los diversos juegos era vista como la más poderosa. El triunfo y la derrota eran vistos como signos de fortaleza y debilidad que se extrapolaban a toda la ciudad o linaje de donde el protagonista era oriundo. Más allá de la gloria que detentaba el ganador, lo que subyacía en esta clase de eventos era la inmunidad para ciertas ciudades y la condenación para otras (Spivey, 2004). El discurso del triunfador, en primera instancia, era una forma disuasoria de evitar una conflagración real (Korstanje, 2009).

La violencia en ciertos deportes es y ha sido históricamente un problema de diversas sociedades y de ninguna manera se agotan en la modernidad. El antropólogo argentino, Garriga-Zucal (2007) explica que la función de la violencia es estructurar los límites territoriales de una comunidad. Los “barras” frecuentemente elaboran bordes simbólicos para sustentar su propio status pero cuando estos límites se rompen, surge la violencia como re-configurador del orden perdido. Si bien existen estereotipos, en los medios sobre los “barras” como consumidores de drogas o delincuentes débilmente socializados, el autor presenta una tesis contraria. El “barra” mantiene un fuerte lazo con su

comunidad, su club, sus vecinos y “los que como él” forman parte del mismo equipo. Por lo tanto, el problema de la violencia no viene asociada al lazo social sino a una forma de intercambio que resignifica el mundo del fútbol. La “hombría, la masculinidad, y el aguante” son elementos culturales esenciales en la forma de vincularse con otros. Siguiendo las contribuciones de Bourdieu, Alabarces y Garriga-Zucal (2008) evidencian como estos valores culturales son exhibidos en los cuerpos y su disposición en el espacio. Los “barras” o “hooligans” se definen asimismo por el “aguante” que pueden sostener frente a otros, y ese “aguante” es la demostración empírica de la violencia, su manifestación en el cuerpo de otro. Por medio de la creación de un discurso y un ethos particular respecto a esa forma de ejercer esa violencia, la comunidad les confiere el rol de protectores frente al otro “peligroso” (Alabarces, 2004; Garriga y Moreira, 2003). Cuando la hinchada atraviesa las fronteras del barrio debe someterse a la violencia del otro.

Bundio (2011) sugiere que las amistades e enemistades puede explicarse por medio de la construcción del enemigo común. La idea que el amigo de mi amigo es mi enemigo crea una tensión entre los grupos imposible de sostener en el tiempo. Por el contrario, el equilibrio se adquiere cuando se invierte la fórmula, en el enemigo de mi enemigo es mi amigo. La tesis del equilibrio, es por demás interesante para comprender las formas de cómo se tejen las alianzas entre las hinchadas. Bundio confirma que las hinchadas se comparan entre sí mediante el discurso. La alianza fortalece el vínculo entre los grupos, similar al intercambio de dones que implica una suspensión temporal de la hostilidad. Partiendo de la base que el conflicto es la norma impuesta, entre quienes mantienen similitud de bordes, la amistad es vista como algo peyorativo pero imperiosamente necesaria para evitar la derrota en inferioridad numérica. No obstante, en ciertas circunstancias, el modelo de Haider no puede explicar como se pasa de un estado festivo de camaradería a otro de agresión.

Sin lugar a dudas, el tratamiento de la literatura especializada aún no ha tomado debida atención del rol que juega la hospitalidad en los eventos deportivos, y precisamente bajo cuales condiciones la hospitalidad se transforma en hostilidad. En Argentina, cuando un equipo recibe de local (anfitrión) a otro (huésped) se pueden dar diversas mecánicas que hacen se generen lazos de hospitalidad entre las hinchadas (amistad) o de hostilidad (enfrentamiento controlado). Acorde a estas observaciones es pertinente traer a la discusión el legado de N. Elías y E. Dunning. El deporte, como ritual, facilita la “domesticación del riesgo” (a un ataque externo) pues hace del peligro y la excitación su principal criterio de atracción. Las formas administrativas racionales de la vida cotidiana han transformado a la “emocionalidad” reduciéndola a ciertos

espacios. Los deportes nos fascinan por el grado de excitación y búsqueda de espontaneidad, pero que bajo ciertas condiciones pueden atentar contra la funcionalidad de la misma sociedad (sobre todo cuando terminan con la muerte de alguien). Cualquier encuentro deportivo denota cierto antagonismo regulado por las normas del juego y el estado. A medida que las civilizaciones han avanzado en el tiempo, los rituales agonales se hacen menos violentos. Para los autores, el deporte es una parte importante del ocio y se encuentra sujeto a tres elementos que son claves para comprender su desarrollo posterior, sociabilidad, motilidad (mimetizarse) e imaginación. Por medio de estos tres factores, la emocionalidad queda circunscripta a un territorio, expresada en el “amor por el equipo propio”. El proceso alienante de burocratización reprime a los ciudadanos prohibiéndoles exhibir sus emociones en el ámbito público. Las emociones son empujadas hacia la esfera privada. Para que el ocio pueda cumplir su acción recreativa y reparadora, estas normas represoras deben ser anuladas o por lo menos debilitadas. En un encuentro deportivo, los espectadores son invitados a expresar sus sentimientos, llorar, insultar, y hasta ejercer violencia sobre otros cuerpos. Esta especie de motilidad (definida como capacidad para mimetizarse) permite al sujeto que sus emociones puedan ser reguladas de forma funcional para no dañarse ni asimismo ni a otros. Pero existen emociones que debilitan la socialización y afectan la vida del hombre con otros, como ser la envidia, el odio y la violencia. El consumo de drogas o alcohol es no solo, en el sentido explicado, un debilitante de la cohesión social sino un deshinibidor que lleva a conductas agresivas. La necesidad de sentir un frenesí que sopesa las frustraciones diarias, asociado al consumo de sustancias, puede romper con la norma hobbesiana hasta el punto de asesinar a otro. La sociedad puede funcionar a través de la dicotomización de identidades que bajo ciertos mecanismos, como los deportes, subsisten en situación de un antagonismo “ficcionalizado”. En este sentido, de la misma forma que el deporte socializa al hombre puede quebrar el orden social (Elias y Dunning, 1992; Dunning, 1992; Elias, 1992).

LA VIOLENCIA EN EL FÚTBOL (HOOLIGANISM)

Quien sino E. Durkheim enfatizó en la peligrosidad del avance industrial y su impacto sobre la lazo social. Desde su visión, las sociedades funcionaban gracias a dos tipos de solidaridades diferentes, la mecánica y la orgánica. Según el tipo de solidaridad, los roles de los miembros de la comunidad serían más o menos especializados, diferenciados. Las sociedades industriales y “civilizadas” se encuentran socializadas dentro de un tipo orgánico debido a que existe una fuerte despersonalización sobre la cual se construye la división del trabajo y un derecho civil que regula por medio del contrato (mediador) todas las relaciones

humanas. Por el contrario, las “tribus primitivas” desarrollarían una solidaridad mecánica con fuerte foco en la tradición, el derecho consuetudinario y el declive de la influencia religiosa. La descomposición de la cual era presa la esfera religiosa mutaba en formas simbólicas como el patriotismo, la nación etc. Por lo tanto, las banderas, himnos y formas nacionales se consideraban un residuo de un mundo religioso antiguo (Durkheim, 2004a; Bellah, 1973). Lo sagrado comienza a desaparecer, en el desarrollo durkheimiano, acorde al pasaje de una solidaridad mecánica a una orgánica para lo cual la comunidad debe adaptarse a ciertas patologías en el comportamiento tales como la anomia. En Durkheim, la anomia (falta de normas) es un indicador de la desintegración social que inevitablemente lleva a la violencia, el crimen y el suicidio (Selvin, 1965; Durkheim, 2004b; Berk, 2006).

Estas observaciones muy bien pueden aplicarse al estudio de la violencia en el fútbol. B. Diken y C Laustsen (2003) notan que históricamente la ciudad ha sido un espacio disciplinario sujeto a la aplicación de la ley desde donde la muralla impone la protección y el orden. A diferencia del mundo natural, el muro impone civilidad pero a la vez confiere al estado el derecho de monopolizar la coacción y ejercer violencia sobre los cuerpos. El orden social lejos de ser armónico se transforma en un lugar donde el más fuerte se impone al más débil por medio de la prohibición. Una de las características, además de la circulación de la violencia, de la posmodernidad es la desconfianza. La idea que el enemigo reside camuflado entre otros elementos de la sociedad se encuentra presente en nuestra forma de pensar. Si la guerra, en el pasado, redefinía la identidad del enemigo, el terrorismo moderno genera un sentimiento de pánico suficiente para pensar que el enemigo se encuentra dentro de esas fronteras protectoras. Lo expuesto sugiere que la seguridad no es un bien o un concepto estático sino que va tomando diversas formas dependiendo de la organización económica de la sociedad.

Este trabajo, que si bien en primera instancia no se dedica al estudio del “hooliganism” es de vital importancia para comprender como funciona el fenómeno en las sociedades posindustriales. Después de todo, los “hooligans” o “barras” parecen (para sorpresa del periodismo) ser profesionales, profesores universitarios, empleados u oficinistas y hasta asesores de funcionarios públicos. El estado nacional articula la violencia como un factor de cambio facilitando la construcción de las normas culturales y el contacto diario entre sus ciudadanos (Taylor, 1971; King, 1999). Dos autores de renombre Javaloy-Mazon (1996) y Kerr (1994) han definido al “hooliganism” como la negación al conformismo mediático basados en experiencias hedonistas, gratificantes y corto-placistas. La vida diaria envuelve al ciudadano en una serie de trabas burocráticas donde

priman los objetivos y la cadena de consumo racional. El mundo del deporte permite una temporal liberación en donde el consumo de estupefacientes, la adrenalina y el alcohol van condicionando la estructura de la mentalidad y el cerebro. A diferencia de otros ciudadanos, “los barras” desarrollan una mayor dependencia a las experiencias hedonistas y nuevas. Esta tendencia (particularmente) los predispone al consumo de drogas y al desarrollo de prácticas violentas (impulsividad).

En parte, el ocio mismo predispone a los actores a exhibir sus emociones, algunas de ellas se asocian a la violencia. Algunos especialistas han enfatizado coherentemente que el consumo de alcohol es un elemento importante a tener en cuenta para reducir la violencia en espectáculos deportivos en todo el mundo. Los problemas de seguridad, los robos, y las deficiencias en la protección de los espectadores mayormente fracasan debido a que las autoridades trivializan el rol del consumo de alcohol en este tipo de eventos. Usado moderadamente, el alcohol permite la socialización ya que cumple una función desinhibidora dentro del cerebro, pero en dosis elevadas lleva un estado de descontrol que tarde o temprano choca con el delito (Tarlow, 2002; Pegg, Patterson y Axelsen, 2011), el segundo factor importante en este escenario, es el anonimato. Dentro del mundo de los hinchas de fútbol, los nombres reales no se conocen. Por otro lado, importantes estudios han demostrado que las personas se deslindan de sus responsabilidades éticas cuando fluyen en una multitud (Abott y Gedie, 2001). Si la expectativa de castigo sobre la conducta es abstracta, el agente desarrolla cierta propensión a romper las normas de la sociedad. Por ese motivo, la comunicación cumple un rol esencial como barrera profiláctica en materia de seguridad. Las personas se ajustaran a derecho cuando se sientan observadas; por el contrario a medida que los medios de comunicación cubran noticias vinculadas a la impunidad de los “hooligans” o “barras”, las conductas en los espectáculos deportivos serán más difíciles de predecir. Sin embargo, ello no obliga a suponer que sus conductas son violentas por falta de regulación. Tanto la policía como los “barras” se mueven en el campo de lo visual tan bien como un abogado en el mundo de la palabra, no hace falta conocer el nombre de un hincha, sino sólo identificarlo visualmente.

E. Dunning, en este punto, considera que el “hooliganism” es un fenómeno social presente desde tiempos inmemoriales y que es de imposible erradicación. Dunning, asertivamente, se da cuenta que la violencia es una forma de construir identidad la cual se expresa en un territorio: el barrio. Ese suelo, por lo general, debe ser defendido por medio de la imposición de murallas simbólicas. Cuando esos limes están en peligro, los miembros de la comunidad apelan a la violencia como mecanismo de relación. Aun cuando el alcohol pueda generar

un efecto favorable al uso de la violencia, no parece en absoluto ser determinante. A. King, en este sentido, argumenta que los “barras” construyen su rol por medio de una historia o narrativa compartida pero auto-impuesta que los afirma como sujetos frente a sus pares. Ello sugiere que si bien muchas veces estos arquetipos recurren al uso real de la violencia física, muchas otras son historias inventadas que no han tenido lugar en la realidad (King, 1999; 2001). ¿Es la violencia parte misma del lenguaje?

En efecto, la violencia es un instrumento que facilita la intelectualización de la incertidumbre, riesgo que de otra forma destruiría el orden societal. Por un lado, la memoria colectiva coadyuva en la cohesión a la vez que el conflicto ejerce una fuerza contraria, segregativa. Cualquier acto de violencia que se lleva a cabo dentro o fuera del territorio de la hinchada, real o ficticio es re-elaborado en forma de cuento, narrativa, canción o himno. Lejos de dividirse, la legitimidad del grupo aumenta a favor de quienes sostienen el poder político, en la mayoría de los casos dirigentes de club de fútbol, o líderes de las “barras bravas”. Si el honor juega como mecanismo de jerarquía política dentro del campo de juego construyendo lentamente un código netamente estamental y heroico, la violencia hace lo propio fuera de la competencia en sí. El hooliganism, por lo expuesto, no puede enmarcarse como un problema social de una cultura específica, sino que es un fenómeno propio de la competencia misma que atraviesa todas las culturas (Neuberger, 1993).

Siguiendo esta línea de razonamiento, los medios de comunicación han creado en los últimos años una figura ambigua respecto al “barra”. Por un lado, al momento de cada partido el lente de la cámara se ubica para enfocar sus banderas, pero por el otro, son demonizados a razón de sus actos violentos, agresiones o crímenes. Admirados y temidos, sus ramificaciones y contactos con políticos de alta jerarquía los hace un problema de difícil solución. Nuestra postura por el contrario apunta a una comprensión cabal de la situación estructurada en el principio occidental de la hospitalidad. No se puede, en primera instancia, comprender el “hooliganism”, sin abordar el tema de la hospitalidad. Segundo, como veremos a continuación, las hinchadas y los clubes deportivos son micro-sociedades estructuradas acorde a la lógica del capitalismo moderno. M. Hardt y A. Negri, no equivocaron el camino cuando dijeron que toda revolución muere cuando el ciudadano acepta la noción de soberanía, defensa y nación. La figura de estado nación, su ley y el capitalismo se encuentran inextricablemente unidos y no pueden funcionar por separado (Hardt y Negri, 2003). Por su parte, M. Foucault demostró convincentemente que el sentido de la nación funciona gracias a la imposición de una amenaza externa que permi-

te erigir los limes o fronteras por medio de las cuales se organiza el territorio. A diferencia de un peligro, cuya lógica es destructiva, el riesgo actúa como una intelectualización de una amenaza extrema. El riesgo es la vacuna, mientras el peligro es el virus. Toda vacuna, es un virus inoculado cuya orientación a reforzar el sistema de defensa del organismo. En este sentido, podemos decir que en el deporte mismo existe un peligro que es etiquetado como riesgo a fin de poder conferir legitimidad a las hinchadas. Sin lugar a dudas, ese riesgo a ser agredido se acentúa en el momento que la hinchada abandona la seguridad de su territorio para acceder al estadio local como visitante. En la República Argentina, y tras decenios de disturbios, asesinatos y revueltas, el COPROSEDE, órgano que regula la seguridad en los estadios metropolitanos prohibió los “partidos” con hinchada visitantes. Ello evidencia el rol de la hospitalidad y la hostilidad como instrumentos que mitigan o aumentan el grado de violencia en los deportes. Las autoridades policiales locales argumentaron, a favor de la medida, que era imposible seguir la trayectoria de las hinchadas y prevenir la violencia.

Existe una pregunta que ha sido abordada por pocos especialistas, tal como ¿por qué no se ven disturbios en otros deportes como el tenis?, ¿es el tipo de público de un deporte el que marca la diferencia y el grado de violencia entre una disciplina y otra? En contraste a sus colegas, Comeron (2002) explica que la violencia se encuentra en toda la sociedad y de ninguna forma puede ser atribuida al fútbol exclusivamente. La idiosincrasia cultural de ciertos deportes como el fútbol predispone al espectador a la violencia figurativa antes que la física. En muchos casos, esta violencia contenida durante el encuentro estalla a la más mínima provocación, en otras está debidamente planificada. La rivalidad entre barrios, facciones, o hinchadas que culmina con la confrontación cuasi-bélica que un partido de fútbol emula, puede trasladarse a las tribunas. El investigador argumenta que la violencia en el fútbol no necesariamente es una cuestión de identidad barrial, sino que obedece a factores psicológicos en donde prima una nueva forma de vivir lo político en donde la autoridad en general (del educador, del padre, de la Iglesia, y del Estado) ha declinado. La violencia es una consecuencia de la re-estructuración de las instituciones políticas. Dentro de las ciencias sociales existe consenso en señalar que el proceso de reflexividad se encuentra erosionando no solo las relaciones sociales, sino el vínculo entre el self y la autoridad. En un mundo disgregado por la des-comunicación, el riesgo y el sentido de seguridad es lo único que une a los ciudadanos con el estado y el mercado (Beck, 2006; Giddens, 1991; Baudrillard, 2006).

HOSPITALIDAD Y HOSTILIDAD

Hospitalidad y hostilidad parecen compartir el mismo origen etimológico, *hospitium* (*ospes*) que significa “lo que deriva del Amo”. Ciertamente, no son pocos los relatos, en casi todas las culturas europeas, los huéspedes corren el riesgo de ser asesinados mientras duermen o mientras disfrutan del banquete. El grado de vulnerabilidad del extraño se explica por su falta de familiaridad respecto al ambiente que lo acoge. Por ese motivo, no es extraño que la institución de la hospitalidad pase rápidamente al de la hostilidad. La guerra de Troya se sucede porque Paris en pacto de hospitalidad rapta a Helena. La hospitalidad debe ser comprendida como una institución productora de solidaridad social por la cual dos pueblos o comunidades se obligan mutuamente a intercambiar bienes y personas en épocas de paz, pero también articular una defensa conjunta en la guerra. Como pacto inter-tribal, la hospitalidad confiere obligaciones entre los grupos que la celebran.

Empero, ¿cómo comprender una institución tan milenaria como lo es la hospitalidad dentro del estado nacional? Sugiere A. Pagden, que la hospitalidad es una institución presente en la mayoría de las culturas del planeta. Sin embargo, han existido comunidades aborígenes que ni la conocían, ni la practicaban. La hospitalidad europea estaba condicionada por la necesidad del libre tránsito, es decir con la potestad de poder atravesar territorios sin necesidad de afincamiento. Ello produjo un gran conflicto entre algunas tribus aborígenes y los conquistadores europeos. Paradójicamente, al no poder garantizar el principio de libre tránsito, del cual derivaba el derecho natural, los conquistadores consideraron a los nativos en calidad de “sub-humanos”, y con ésta táctica se legitimó definitivamente la expropiación territorial que ha caracterizado a la conquista. En consecuencia, Pagden agrega, el estado nacional se ha formado gracias a dos elementos distintivos, la hospitalidad indo-europea y el libre tránsito. El primero orientado a la circulación de personas y tratados bélicos, el segundo al comercio (Pagden, 1997). En lo particular, la hospitalidad hoy no solo se agota a los fenómenos de tipo turístico, sino que puede observarse incluso dentro de las mismas sociedades modernas. Siguiendo esta misma explicación, podemos agregar que un club de fútbol es homologable a una sociedad en miniatura. Sus banderas (símbolos patrios), sus cuentos o narrativas (emulan hazañas míticas), sus canciones (himnos) son sólo una prueba del complejo funcionamiento de un club. Al igual que un estado-nación, se visualizan los siguientes elementos constituyentes de un club deportivo:

1. Una historia y estatuto que a lo largo del tiempo fue modificando las atribuciones legales de sus gobernantes. Al igual que la nación, el club

- de fútbol tiene una organización política formada por socios con elecciones cada determinado lapso de tiempo.
2. Un territorio específico con bordes físicos y simbólicos que a veces coinciden y a veces no.
 3. Una clase política que monopoliza la administración económica del capital.
 4. Un grupo que defiende y ejerce violencia para mantener los bordes del barrio desde adentro hacia fuera y viceversa, los barras o “hooligans”.
 5. Un año de creación.
 6. Valores o lemas específicos que lo diferencian de otros grupos. Por ejemplo, Racing (La Academia), River (Millonarios), Boca (Xeneises), Independiente (Los diablos rojos), Atlanta (Los Bohemios) etc.
 7. Pactos de coordinación, asistencia y protección con otras hinchadas, principio de hospitalidad.

Respecto a la función de la hospitalidad es importante no perder de vista que para el hombre trascender los límites del hogar ha encerrado históricamente una gran incertidumbre. Cuando un viajero deja su hogar, no sabe cuales serán los obstáculos que encontrará en tierra extraña así tampoco quien recibe a ese viajero sabe a quien está alojando. Desde Sansón y Dalila hasta el mito del Rey Faunus y Hércules, la mayoría de las mitologías han denunciado la naturaleza ambigua de la hospitalidad. Por un lado, dejar entrar a un extraño en calidad de huésped presupone un gran peligro para el anfitrión ya que éste puede ser asesinado luego del banquete mientras duerme. Asimismo, el huésped no tiene clara las intenciones de su anfitrión. Para eso los pueblos han tejido entre ellos convenios específicos con el fin de darse no solo una apertura al otro, sino coordinación mutua. Etimológicamente hablando la palabra hospitalidad y hostilidad tiene la misma raíz, *hostis* (*ospes*) que significa “lo que pertenece al amo”, fundamentalmente el huésped es una propiedad temporal de quien lo protege (Balbín-Chamorro, 2006).

Según, M. Korstanje la recepción y expiación de un viajero extraño requiere de rituales específicos en donde se le ofrece al visitante la mejor comida, bebida, música y mujeres. Agasajar al extranjero es una forma de estar en comunión con los dioses, evitando así la “mala fortuna” y/o los desastres naturales. Romper o vulnerar al huésped en hospitalidad implica a ser maldecido por el destino, enfrentando la ira de los dioses. Por ejemplo, muchas culturas consideran a los desastres naturales como castigos divinos ejercidos sobre los hombres por su falta de hospitalidad (Korstanje, 2010). Durante muchos años y por el legado de Humbert, los estudiosos de la hospitalidad creyeron que la misma se correspondía como un permiso de tutoría (nacido en Grecia y roma)

por medio del cual el extranjero era protegido por un ciudadano local. El origen del *hospitium*, se ha demostrado más tarde no era latino sino indo-europeo. Tribus celtas y germánicas para el V A.C tejían convenios recíprocos de ayuda mutua en épocas de paz que se traducían en protección y alojamiento para sus ciudadanos, pero en épocas de guerra ese pacto era transformado en una alianza militar conjunta. Discutir el concepto de hospitalidad es discutir la naturaleza de la política entre los grupos humanos incluso en la modernidad. Según Ramos y Loscertales, los celtas (antes que los romanos) manejaban dos significaciones totalmente diferentes para este vocablo. La primera de ellas, se vincula al hecho de recibir a un peregrino y aceptarlo como enviado de los dioses. Se comprendía que el viajero debía ser asistido y hospedado ya que este acto derivaba de un mandato divino; la raíz de este ritual era puramente religiosa. Por el contrario, la segunda significación era netamente jurídica y sólo podía pactarse por convenio entre las partes. En este caso, el hospicio representaba y aseguraba el equilibrio político de los pueblos celtas, y por medio de estos convenios un pacto de no agresión entre ellos. (Ramos y Loscertales, 1948).

En perspectiva, J. Derrida acepta que tanto la hospitalidad como el ocio tienen la función de regular las incongruencias producidas por la sociedad replicando sobre las diferentes generaciones los valores culturales que la anteceden. La hospitalidad surge de la lengua, del idioma por la cual se le pide al estado. Un viajero que se rehúsa a hablar nuestra lengua es despojado del beneficio de la hospitalidad. La protección, ciertamente, se da cuando el extranjero detenta patrimonio y linaje. En otras palabras, en el anonimato nadie puede recibir hospitalidad debido a que no existe lugar de nacimiento constatable, historia o lengua de referencia. En consecuencia, la hospitalidad aplica sobre la capacidad del lenguaje que sustenta al estado nacional mismo. Un inmigrante es recibido en una tierra bajo el principio de hospitalidad condicional, se le pregunta *¿quién eres y de donde es que vienes?* De ninguna manera el Estado permite la entrada libre de extranjeros sin una verificación previa. Si la hospitalidad condicional es el primer hecho de violencia (coacción) por el cual el Estado se fundamenta como tal frente al xenos, la forma absoluta de hospitalidad exige una apertura sin condiciones al extraño. Entre el “huésped y el parásito existe una diferencia abismal. El huésped está condicionado por la ley y el derecho que le dan su sustentabilidad en el patrimonio y la identidad (Derrida, 2006).

En uno de los más interesantes trabajos filosóficos de revisión sobre la hospitalidad sobre Derrida, Mark Westmoreland (2008) se pregunta cual es la relación entre la hospitalidad y la interrupción; la hospitalidad (absoluta) existirá siempre cuando haya subordinación; Occidente por su parte no conoce

otra hospitalidad que aquella otorgada condicionalmente (estricta). La hospitalidad como la ética no existe por fuera de los bordes culturales. Pero es por demás interesante no perder de vista que la hospitalidad occidental condicionada exige retribución. Ella reclama la ley imponiendo premios y restricciones a quienes la siguen o desobedecen. El principio de soberanía burgués, en el sentido de M. Foucault, es parte de la hospitalidad inter-comunitaria (Foucault, 2000). Partiendo de la base que la hospitalidad es una forma codificada de solidaridad, se le atribuye a C. Levi-Strauss la idea de comparar a la cultura con el lenguaje. Si éste último es, precisamente, una interacción y circulación de palabras, la cultura se consolida en base a la circulación de mujeres. La fuerza reproductiva y selectiva de una sociedad sentará las bases para la construcción de sus instituciones políticas. Con un magistral escrutinio del rol del tabú del incesto, Levi-Strauss considera que las sociedades pueden dividirse en endogámicas y exogámicas. Las del primer tipo se caracterizan por mantener la reproducción dentro del propio linaje. Por regla general, las aristocracias o noblezas, para no compartir la cuota de poder recurren a la creación de círculos endogámicos de procreación. Por el contrario, el antropólogo belga se da cuenta que aquellos grupos sujetos a diversas privaciones y amenazas parecen si el padre de familia se reserva para sí la procreación con sus hijas. En consecuencia, debe entregarle a otro el futuro de sus hijas, que implícitamente es el futuro de supervivencia propia en caso de necesidad. Las comunidades exogámicas son, por naturaleza, extensas, pero pobres (Levi-Strauss, 1991). La hospitalidad, según lo expuesto, sería el hilo conductor de las comunidades humanas de tipo exogámica. Ello explica, porque a pesar de tantas centurias, la misma no ha desaparecido en el seno del mundo moderno.

A nuestro tema en estudio, sus contribuciones radican en hacer comprender la función y forma que puede tomar la solidaridad como así las diversas maneras de construir al otro. Daniel Innerarity revela que la hospitalidad es una forma de regular el riesgo a ser agredido cuando se está fuera del hogar. Se puede afirmar que la hospitalidad se asocia a una creciente ambigüedad de status, en donde los actores juegan al “como si”, figuran un papel o rol que les confiere una identidad temporal. La fragmentación vincular que caracteriza la vida social moderna se explica por medio del rol individual del ciudadano, el cual ha pasado a ser un constructor activo de sus contextos sociales. A diferencia de otras épocas, en la actualidad, elegimos nuestros pares, amigos y hasta familiares, cambiamos nuestra identidad incluso si no estamos a gusto con ella. Toda orientación genealógica se encuentra sujeta a un constante escrutinio. Esta dinámica implica un efecto negativo sobre la forma ontológica de percibir la seguridad. Si se parte de la base que las instituciones confieren seguridad y

protección a los individuos, intentar crear el propio destino (diseño) es en parte renunciar a la estabilidad que ellas brindan. Abierta la libertad para el sujeto, liberados también los canales de riesgo e incertidumbre. Al igual que un mensajero o un profeta, el huésped no siempre es bienvenido. Uno debe hacer un ejercicio de tolerancia para aceptar a una persona de la cual poco se sabe. La incertidumbre funciona en forma similar a un huésped, ya que no solo interpela sino desafía los procesos de control del anfitrión. El huésped, similar al fantasma, es una extraña permanencia que estructura toda la idea o diseño Occidental de lo que es la soberanía. Cerrarse al extraño y negarle hospitalidad es un acto similar a intentar controlar el riesgo hasta eliminarlo completamente, anula la propia identidad. El otro genera un sentimiento ambivalente, el cual va desde lo amenazante hasta la fascinación, porque entra en comparación con lo propio pero a la vez despierta nuevas posibilidades reprimidas. Segundo, el orden dialéctico entre el self y sus autoridades se altera con la entrada de un tercer agente. Lo extraño, en este sentido, se define frente a lo propio por medio de la posesión. Lo extraño no es una categoría en sí misma, sino que se define por medio de su accesibilidad (lo extraño es la accesibilidad de algo inaccesible hasta el momento) (Innerarity, 2008).

En este contexto, el antropólogo Marc Gyax (2007) de la Universidad de Princeton ha rastreado el principio explicativo de la teoría de la hospitalidad en el mundo griego asumiendo su base en el libre juego de los dones mausianos. Para Mauss (1979) la sociedad puede funcionar gracias a los procesos de solidaridad que permiten su funcionamiento económico. Esta forma de solidaridad es posible por medio del intercambio de bienes. A través de la teoría del *nexum* (romano) y el *wadium* (germano) Mauss estaba convencido de haber encontrado formas residuales arcaicas (en la cultura europea) que confirman su teoría sobre el don y el origen del derecho (sobre todo del contrato como hoy lo conocemos). Aunque esto pueda ser parcialmente cierto, es necesario detenerse por un momento en este punto y analizarlo bajo una postura de reflexión crítica. Si bien, el autor parece fundamentar convincentemente que el don (en sus diversas formas kula, pokala, potlatch, nexum y wadium entre tanto otros) es un elemento teórico presente en la mayoría de las culturas, parece muy poco interesado en recopilar aquel material que precisamente refuta su idea de darle a la tesis de “las prestaciones” un carácter universal. Más precisamente, como demuestra el excelente trabajo histórico de Anthony Pagden que no todas las tribus americanas conocían y manejaban el concepto de reciprocidad; hecho que finalmente llevo a la legitimación de la conquista española. Si la hospitalidad que devenía del derecho natural era respetada por todos los “hombres” aquellos que no la conocían no podían ser catalogados como hombres, entonces

y gracias a la introducción del principio del libre tránsito, los españoles deslegitimaron la posición de los indígenas frente a la tierra y los expropiaron sin ningún tipo de remordimiento ético-moral (Pagden, 1997). Lo expuesto demuestra, contraria a la tesis de Innerarity, que la hospitalidad no es ni moral ni buena, y bajo ciertas condiciones los pactos de hospitalidad se hacen con el fin de quebrarse; cuando eso sucede nace la hostilidad.

En la actualidad, la hospitalidad se aplica no solo al comercio exterior y al turismo sino a todos los órdenes de tráfico del estado nacional. La visa (dev. Del latín *videre* que significa ver) tiene la función de rastrear las características del huésped para poder prevenir su comportamiento. Pero también la hospitalidad se aplica en el escenario de la violencia deportiva, y en el campo del hooliganism. De hecho existen diversos seguros, bonos que se pagan para anular o mitigar los riesgos de los espectadores cuando se asiste de visitante a ver a su equipo favorito; tema del cual nos ocuparemos en las próximas secciones.

DISCUSIÓN METODOLÓGICA

Las observaciones que se hacen a continuación se encuentran basadas en las propias experiencias de campo del autor, durante los años 2007, 2008 y 2011 en las hinchadas de River Plate, equipo de la primera división, Atlanta, perteneciente a la categoría del ascenso Primera y Nacional B y San Miguel de la divisional C. Los trabajos etnográficos han focalizado sólo en una hinchada lo cual es fructífero desde el punto de vista cualitativo, pero insuficiente para hacer comparaciones. El rol del observador ha sido encubierto con el fin de poder visualizar una mayor riqueza y espontaneidad en las situaciones. Sin embargo, por cuestiones éticas no se revelan ni nombres ni situaciones puntuales de la etnografía. La categorización de hinchadas exo y endo-gamicas fue construido siguiendo los modelos estructuralistas propuestos por Levi Strauss y la teoría de la segmentación de linajes de Evans-Pritchard. Las comunidades se dividen en dos grandes grupos antagónicos sobre los cuales determinan su sistema de intercambio e identidad. Estas dos extensas mitades se estructuran en pequeños linajes, y sub-linajes, enemistados o en oposición entre sí. Cuando un linaje perteneciente a una mitad es atacado por otro linaje de la mitad antagónica, los diversos sub-linajes en conflicto se unen en apoyo de una causa mayor. Esta misma idea se aplica de la siguiente forma, las parcialidades de River y Boca, de Racing e Independiente, de Chacarita y Atlanta pueden unirse en condición de un conflicto mayor que apele a una identidad común frente a un clan hostil, como por ejemplo, Argentina vs. Inglaterra. Por el contrario, si la relación hostil entre River y Boca se diluye (por diversos motivos) la violencia se dirige hacia el centro de la misma comunidad, creando lo que en la jerga

se llaman “facciones de la hinchada” que son grupos del mismo equipo peleando entre sí.

BAJO TRINCHERA

Asistir a un espectáculo deportivo es una actividad que podemos hacer en función del derecho que les Estado nos otorga para disponer de nuestro tiempo de ocio. Si bien el código penal y civil son dos de los mecanismos legales que la policía aplica en esta clase de eventos, existen sub-códigos entre las hinchadas que se respetan o rompen. Particularmente, sea de visitante o local las interacciones entre los integrantes del grupo y sus prácticas cambian. En lo deportivo, recibir a un equipo extraño implica cierta fortaleza ya que asume el apoyo de una mayor cantidad de espectadores que hacen respetar la localía. Aun cuando el resultado dentro del campo de juego está sujeto al azar, el peso de disputar un partido de visitante o local pueden influir positivamente o negativamente en el tanteador. En este sentido y dependiendo de los vínculos entre hinchadas, se pueden dar verdaderos pactos de hospitalidad, denominado “hacer amistad”, en donde ambos grupos disfrutan un asado previo al encuentro, o los locales abren las puertas de su comunidad para que los huéspedes (visitantes) en calidad de turistas hagan uso de los placeres nocturnos, o gastronómicos. Estos verdaderos convenios tácitos no solo pueden ser temporales sino que además implican cooperación y asistencia entre los mismos clubes, prestamos de jugadores, recursos económicos, o de otro tipo. En concordancia con esta idea, podemos afirmar que la hospitalidad silencia la posibilidad de conflicto, la anula hasta el punto en que incluso en caso de fracaso deportivo, la violencia queda vedada. Tenemos el ejemplo claro del descenso del club River Plate cuya hinchada se había congregado junto a la de Belgrano en un “asado de camaradería” (Banquete). A pesar de la frustración psicológica de perder la categoría, los hinchas de River no enfrentaron a los de Belgrano, re-dirigiendo su violencia contra las instalaciones del club mismo y negocios aledaños. En este punto de la discusión, es claro ver como la hospitalidad no solo prefiguró la dialéctica de ambas identidades sino la forma en que su aplicación condiciona la violencia.

Por el contrario, cuando existe una historia compartida de enfrenamientos entre hinchadas, el encuentro se convierte en una verdadera batalla campal, tanto dentro como fuera del estadio. Ya sea por cercanía física entre barrios o por rivalidad deportiva, existen clásicos que son tipificados como de riesgo. Entonces, asistir a un espectáculo futbolístico en calidad de visitante no se convierte en algo placentero, sino en un evento de suma tensión en donde el temor juega un rol fundamental como moneda de cambio. Cuando la hospita-

lidad se transforma en hostilidad el huésped se transforma en parásito, en términos de Derrida. El grupo que originalmente lo alojaba, posteriormente lo combate expulsándolo fuera de sus fronteras. La hinchada que viaja de visitante bajo contexto de cierta hostilidad debe manejar un grado de incertidumbre elevado debido a que en primera instancia no sabe si va a poder conseguir las entradas correspondientes al cupo de sus hinchas, segundo porque no sabe si el club local y su sistema periférico de seguridad va a hacer honor a esas entradas.

Tercero, la hinchada huésped tampoco tiene certidumbre sobre si será agredida por la parcialidad local. Por ese motivo, los clubes organizan caravanas desde sus respectivas sedes para movilizar a todos sus socios con un grado aceptable de seguridad (incluso a veces escoltados por la policía). Las formas de accesibilidad a los estadios quedan predeterminadas por los recursos económicos del club. Los “hooligans” o “barras” cumplen una función de protección en esta traumática instancia pero no han de estar solos. Por lo general, se introducen diversos rituales para reducir el grado de temor e incertidumbre en los huéspedes que van desde los cánticos, hasta sustancias estimulantes o relajantes como drogas, alcohol y otras. Cuando las fronteras simbólicas del barrio o de las hinchadas son vulnerados, la violencia surge como una forma de supervivencia, la cual y con el transcurso del tiempo tiende a institucionalizarse. La masculinidad, en la cultura del aguante, y la habilidad para disponer del cuerpo en el uso de la violencia es un factor de poder dentro de las hinchadas y los clubes. Es decir, que incluso fuera del espectáculo deportivo, “los barras” pueden intentar ocupar cargos políticos y ejercer la violencia dentro del club en forma disuasoria. Sus cursos de acción en el campo de batalla los habilita para ocupar puestos políticos o de status dentro de la institución. Una lógica similar a la nobleza caballeresca en la baja edad media.

Por último y no por ello menos importante, las hinchadas pueden ser *endogámicas* o *exogámicas* dependiendo de cuatro variables importantes, a explicar en las próximas líneas. Una hinchada endogámica se caracteriza por poseer un elevado grado de cohesión social que la lleva a no celebrar pactos de hospitalidad (amistad) con otras hinchadas. Para estos grupos, hacer amistad es un signo de femineidad y cobardía (nunca hicimos amistades nunca las vamos hacer, amistad hacen los p... que no paran de correr). En este tipo de contextos, el grado de violencia dentro de la misma hinchada o del club se encuentra controlado. La *proximidad física* entre los clubes es un factor importante que dispara la hostilidad, rivalidad y competencia entre ellos por la hegemonía y monopolización de los recursos comunes. Las hinchadas endogámicas actúan sujetas a un territorio o barrio específico. Por el contrario, las exogámicas actúan con mayor poder de convocatoria y más mediáticos donde es

difícil circunscribirlos a un territorio exclusivo, con bordes barriales específicos como ser por ejemplo Boca Jrs, River Plate, Independiente o Racing. Este tipo exogámico de clubes muestra para sí un alto grado de conflictividad ya que manejan recursos económicos significativos (capital) pero se reservan la posibilidad (por su alta movilidad) de celebrar pactos de no agresión con muchas otras hinchadas.

Como hemos explicado, una hinchada exo o endogámica no es menos o más violenta que la otra sino que re-canaliza la violencia en diversos sentidos. Como el Estado-nación, a medida que un club celebra mayores convenios y anexa otros clubes en hospitalidad, mayores son las posibilidades de fracturarse por dentro y que la violencia no venga desde afuera, sino de sus propios socios. Las hinchadas mediáticas o exo-gámicas adquieren mayor presencia en diversos territorios pero su grado de pertenencia es más abstracto. El “socio o hincha” no es residente necesario del lugar donde se encuentra emplazado el club, y muchas veces disfruta del espectáculo disponiendo de algún medio de comunicación alternativo. Pero el miembro de una hinchada endogámica, por su falta de recursos para ser mediatizado, debe asistir al estadio (cancha) debiendo indefectiblemente entrar en contacto con otros miembros. En este tipo de comunidades, el club cumple una función social y su pertenencia se vincula sólo al criterio de residencia y pertenencia.

CONCLUSIÓN O IMPLICANCIAS PRÁCTICAS

Con sus virtudes y vicios, los “barras” representan la maquinaria bélica del club; precisamente en un deporte donde la emulación castrense se encuentra a flor de piel. A diferencia de otras disciplinas, el fútbol, sus banderas, escudos y lemas emula la lucha caballeresca por el dominio del cuerpo y el territorio. La violencia se encuentra inscripta dentro de la lógica y naturaleza del deporte mismo. La tesis de la segmentación de linajes nos permite comprender la forma en que la otredad es construida y el rol de la violencia en esa construcción. Entre los aspectos más relevantes en el estudio del “hooliganism” podemos destacar:

- a. La violencia es una forma de interacción humana universal que toma diversas formas dependiendo de los sujetos sobre los que recae.
- b. El deporte y el fútbol en particular emulan características castrenses de honor, batalla, triunfo y territorio.
- c. La hospitalidad, bajo el mote de hacer amistad, es una forma de relación entre hinchadas que bajo ciertas condiciones puede pasar a la hostilidad.
- d. Las hinchadas recurren al uso de la violencia como forma reguladora de su identidad.

- e. Dependiendo de cómo se pueden construir esos bordes, las hinchadas se dividen en endogámicas y exogámicas.
- f. A falta de un enemigo externo, existe riesgo de que la hinchada canalice la violencia hacia su interior generando diversas facciones o grupos.

En el presente trabajo hemos debatido sobre el concepto político de la hospitalidad y su aplicación a cuestiones que hacen a la violencia en el fútbol. Las ideas y sugerencias que pueden extraerse deben ser consideradas con el fin de articular verdaderos programas de control que mitigue los actos de violencia en los estadios argentinos, empero, sin la comprensión necesaria del fenómeno la batalla está perdida. Si bien existe una abundante y rica bibliografía de autores argentinos y latinoamericanos respecto a la violencia en el fútbol, poca mención se ha hecho de la hospitalidad como mecanismo reestructurador de esa violencia. En ese contexto, nuestra posición se presenta como un humilde aporte que debe ser continuada en futuros abordajes, complementando a los trabajos ya realizados. Pero ¿existe similitudes y diferencias entre el hooliganism y la delincuencia? Siendo el hooliganism un acto no vinculado a la delincuencia in strictu sensus, consideramos que abordar las teorías sobre psicología del delincuente no es una pendiente para futuros abordajes.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbott, J. L. and Geddie, M. W. (2001). "Event and Venue management: Minimizing Liability through effective Crowd Management Techniques". *Event Management*. Vol. 6 (1): 259-270.
- Alabarces, P. (2004). *Crónicas del Aguante: fútbol, violencia y Política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Alabarces, P. y Garriga-Zucal, J. (2008). "El Aguante: una identidad corporal y popular". *Intersecciones en Antropología*. Vol. 9: 275-289.
- Archer, D y Gartner, R. (1984). *Violence and Crime in cross national perspective*. New Haven: Yale University Press
- Balbín Chamorro, P. (2006) "Ius Hospitii y ius civitatis". *Revista Gerión*. N°1, 207-235.
- Beck, U. (2006). *The Society of Risk: towards a new modernity*. Barcelona: Paidós
- Bellah, R N. (1973). *Emile Durkheim: On Morality and Society, Selected Writings*. Chicago: The University of Chicago Press
- Baudrillard, J. (2006). "Virtuality and Events: the hell of power". *Baudrillard Studies*. Vol. 3 (2). July. Available at <http://www.ubishops.ca/BaudrillardStudies/>. Bishop's University, Canada. Version translated by Chris Turner
- Berk, Bernard B. (2006) "Macro-Micro Relationships in Durkheim's Analysis of Egoistic Suicide". *Sociological Theory*, Vol. 24, No. 1: 78-79
- Bourdieu, P. (2000). *La Distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

- Bundio, J. (2011). "El Enemigo de mi enemigo es mi amigo, explorando los conflictos y las alianzas entre las hinchadas". III Reunión Latinoamericana de Análisis de Redes Sociales, Buenos Aires.
- Castells, M. (1999). *La Cuestión Urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Comeron, M. (2002). *The prevention of Violence in sports*. Vol. 795. Strasbourg, Council of Europe Publishing.
- Corsi, J. y Peyru, G. (2003). *Violencias Sociales*. Barcelona: Ariel.
- Derrida, J. (2006). *La Hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Dunning, E. (1988) "Introduction". In *The Roots of Football hooliganism: an historical and sociologist study*. E. Dunning; Murphy, P. and Williams, J. London, Routledge & Kegan Paul Inc.
- Dunning, E. (1992). "Preface". In Elias, N. and Dunning, E. *Sport and Leisure in the civilizing process*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 9-29.
- Dunning, E. (1992). "Social Bonding and Violence in sport: a theoretical-empirical analysis". In Elias, N. and Dunning, E. *Sport and Leisure in the civilizing process*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 271-293.
- Durkheim, E. (2004a) *The Division of Labor*. Buenos Aires: El Libertador.
- Durkheim, E. (2004b). *The Suicide*. Buenos Aires: Editorial Gorla
- Elias, N. (1992). "Introduction". In In Elias, N. and Dunning, E. *Sport and Leisure in the civilizing process*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 30-81.
- Elias, N. (1992). "Genesis of Sports as a sociological issue". In In Elias, N. and Dunning, E. *Sport and Leisure in the civilizing process*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 157-184.
- Elias, N. y Dunning, E. (1992). "The Quest for excitement in leisure fields". In *Sport and Leisure in the civilizing process*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 83-115.
- Elias; N. y Dunning, E. (1992). "Leisure under spectrum of Free-Time". In *Sport and Leisure in the civilizing process*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 117-156.
- Evans-Pritchard, E. E (1977). *Los Nuer*. Barcelona: Anagrama.
- Foucault, M. (2000). *Defender la Sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Garriga-Zucal, J. (2007). *Haciendo Amigos a las Piñas. Violencia y Redes sociales de una hinchada*. Buenos Aires: Prometeo.
- Garriga-Zucal, J. y Moreira, M. V. (2003). "Dos Experiencias etnográficas: similitudes y diferencias en el universo de las hinchadas de fútbol en Argentina". Proceeding submitted at V. Reunion de Antropologia del Mercosur, Florianopolis, Brazil.
- Giddens, A. (1991). *Modernity and Self-Identity. Self and society in The late modern age*. California: Stanford University Press.
- Gygax, M D. (2007). "El Intercambio de dones en el mundo griego: reciprocidad, imprecisión, equivalencia y desequilibrio". *Gerión*. Vol. 25 (1): 111-126.
- Humbert, M. (1978). "Municipium et civitas sine sufragio. L'organisation de la conquete jusqu'a la guerre sociale. Roma.
- Innerarity, D. (2008). *Ética de la Hospitalidad*. Barcelona: Quinteto Ediciones.
- Hardt, M. y Negri, A. (2003). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.

- Huizinga, J. (1968). *Homo Ludens*. Buenos Aires: Eméce.
- Javaloy-Mazón, F. (1996). "Hinchas violentos y excitación emocional". *Revista de Psicología del Deporte*. Vol. 2 (1) 93-104
- Kerr, J. J. (1994). *Understanding soccer hooliganism*. Buckingham: Open University Press.
- King, A. (1999). "Football Hooliganism and the Practical Paradigm". *Sociology of Sports Journal*. Vol. 16: 269-273
- King, A. (2001). "Violent pasts, collective memory and football hooliganism". *The Sociological Review*. Vol. 49 (4): 569-585.
- Korstanje, M. (2009). "El Discurso del Triunfador en el arquetipo del héroe deportivo, grandeza y miseria de una nación". *Estudios del Mensaje Periodístico*. Vol. 15 (1): 277-294
- Korstanje, M. (2010). "Formas Elementales de la Hospitalidad". *Revista Brasileira de Pesquisa em Turismo*. Vol. 4 (2): 86-111.
- Landau, S. F. (1984). "Trends in violence and agresión: a cross-cultural análisis". *International Journal of Comparative Sociology*. Vol. 24: 133-158.
- Levi-Strauss, C. (1991) *Las Estructuras Elementales del Parentesco*. Madrid: Paidós.
- Mauss, M. (1979). *Ensayo sobre los dones: motivo y formas del cambio en las sociedades primitivas*. Madrid: Editorial Técnos
- Miguez, D. (2007). "Reciprocidad y Poder en el sistema penal argentino: del pitufo al motín de Sierra Chica". En *Los márgenes de la ley: inseguridad y violencia en el Cono Sur*. Isla, Alejandro Compilador. Buenos Aires: Editorial Paidós, 23-45.
- Morgan, G. (2006) *Images of Organization*. London: Sage.
- Montagu, A (1990), *La naturaleza de la agresividad humana*. Escotado, Antonio, (tr.) Valencia: Alianza Editorial
- Neuberger, J. (1993). *Hooliganism: crime, culture and power in St. Petersburg 1900-1914*. London: University of California Press.
- Pagden, A. (1997). *Señores del todo el mundo: ideologías del imperio en España, Inglaterra, y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*. Buenos Aires: Editorial Península.
- Paoli, U. E. (2007). *La Vida Cotidiana en la Antigua Roma*. Buenos Aires, Terramar Ediciones.
- Pegg, S. Patterson, I and Axelsen, M. (2011). "Sporting Events and the use of Alcohol by University Students: managing the Risks". *Event Management*. Vol. 15 (1): 63-75.
- Ramos y Loscertales, J M. (1948). "Hospicio y clientela en la España Céltica". *Revista Emerita* 10, 308-337
- Robbins, M. C, de Walt, B. R y Pelto, P. (1972). « Climate and behaviour a biocultural study ». *Theory, culture and Society*. Vol. 3: 331-344.
- Selvin, H. C. (1965). "Durkheim's Suicide: Further Thoughts on a Methodological Classic", in R. A. Nisbet (ed.) *Émile Durkheim*, 113-136
- Smith, P y Harris Bond, M. (1999). *Social Psychology: across culture*. Massachusetts: Allyn and Bacon.
- Spivey, N. (2004). *The Ancient Olympics*. London: Oxford University Press.
- Tarlow, P. (2002). *Event Risk Management and Safety*. New York, Wiley & Sons.

- Taylor, I. (1971). "Soccer and Soccer consciousness". In S. Cohen (ed). *Images of Deviance*, Harmondsworth: Penguin, 134-164
- Westmoreland, M. (2008). "Interruptions: Derrida and Hospitality". *Kritike* Vol. 2 (1): 1-10
- Wirth, L. (1998). "Urbanism as a way of life". En *On cities and social life*. Chicago: Chicago University Press.
- Zizek, S. (2009). *Sobre la Violencia: seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.

MAXIMILIANO E. KORSTANJE es Sociólogo y especialista en el estudio del temor desde varias perspectivas académicas. En los últimos años, su interés estuvo abocado al estudio del 11 de Septiembre y su impacto en el turismo, el mal, la movilidad, el cine, la tortura, violación a los derechos humanos, y la economía entre otros temas. Con más de 400 trabajos publicados en todo el mundo y 13 libros, el autor forma parte de la Philosophical Society of England, Newcastle y la International Society for Philosophers, Sheffield, Reino Unido. Trabaja como editor y miembro de comité editorial de muchas revistas dedicadas al estudio del riesgo y la violencia deportiva, entre las que se destacan *International Journal of Disaster Resilience in the Built Environment* (Universidad de Salford, Reino Unido) y *Int. Journal of Emergency Service Information* (Universidad de Nottingham Trent Reino Unido). En el 2012 gana el premio en calidad y excelencia por su labor como "outstanding reviewer" que otorga la cadena británica Emerald Publishing, Reino Unido.